

con todas sus fuerzas, en cuanto apuntó á su alma la primera luz de la razon.» Así prosigue considerando todos los misterios de la vida y muerte de la Virgen hasta que fué coronada con la corona de la inmortalidad y reconocida por reina y señora del universo. En la última oracion llena de bendiciones á Maria santísima diciendo: «Reina del cielo y de la tierra, mi señora, mi vida y mi dicha, mil veces bendita sea tu adorable cabeza realzada con la diadema de gloria é incomparablemente mas brillante que el sol. Benditos sean tus hermosos cabellos rubios, que á guisa de rayos del sol se esparcen sobre tus espaldas; y aunque son sin número, todavía los sobrepuja la innumerable muchedumbre de tus divinas virtudes. Bendita sea tu frente espaciosa y tu rostro mas blanco que la luna, en el que nadie fijó la vista sin recibir alivio y consuelo. Benditos sean tus ojos de paloma, mas claros que las estrellas del cielo y mas puros que los entendimientos de las inteligencias bienaventuradas: nunca se abrieron mas que para contemplar las cosas perdurables y eternas. Benditas sean tus sonrosadas mejillas, mas graciosas cien veces que la aurora: sobre ellas sentaron la modestia y el pudor el trono de la castidad.» Lo mismo dice en proporcion de las otras partes del cuerpo de la Virgen; y no puede uno leerlo sin moverse á amarla de todo corazon.

Adorar á su amado hijo.

IV. Finalmente á esta misma adoracion se refiere el honor que tributamos á su amable y amado hijo Jesus. Oigamos lo que la misma señora dijo un dia á santa Brígida: «Hija mia, si deseas saber de qué modo podrás alabarme y honrarme, sabe que siempre recibiré como tributados á mí los honores y alabanzas que presentes á mi querido hijo, porque el corazon y el alma de los dos

son uno. Así juzgaré que me alabas y enalteces en sumo grado cuando digas: Bendito seas sobre todas las cosas, mi criador y mi Dios, que te dignaste de encerrarte en las entrañas de tu humildísima sierva. Bendito seas, mi Señor y soberano, que naciste de esta virgen purísima sin detrimento de su virginidad, ni menoscabo de su santidad. Bendito seas, mi Dios y mi todo, que en el punto en que fuiste concebido de la reina de las virgenes, llenaste de gozo y contento todas las partes de su cuerpo y todas las potencias de su alma. Bendito seas, rey de gloria y majestad, por la gloria á que la ensalzaste, y la majestad de que la llenaste. Bendito seas tantas veces como granos de arena hay en la playa del mar, y haz misericordia á tu humilde sierva por la intercesion de la misma Virgen, tu venerada madre y mia. Amen.»

§. III.—Práctica de la adoracion exterior de la Virgen santísima.

I. No hay duda de que la adoracion interior es mas noble que la exterior, á la que anima como el alma al cuerpo; no obstante la exterior no deja de ser de mucho mérito y muy agradable á la reina del cielo. Como el hombre consta de alma y cuerpo, es cosa cierta que debe á nuestra señora no solo un homenaje interior, sino un culto exterior.

Besar las imágenes de la Virgen.

II. Sabemos por los libros santos y especialmente por el de Job que los antiguos daban culto á las cosas sagradas besándolas; de donde vino el nombre de adoracion. Desde el origen de la iglesia cristiana se empleó esta ceremonia para venerar las imágenes y reliquias de Jesucristo, de la Virgen y de los santos, y en todos tiem-

pos los siervos fieles de María santísima han practicado lo mismo besando sus imágenes y reliquias, su nombre escrito, los lugares que santificó con su presencia, ya en vida, ya apareciéndose despues que está en el cielo etc.

Las genuflexiones.

III. Las genuflexiones, reverencias é inclinaciones de todo el cuerpo se practican continuamente en el cielo en presencia del rey de la gloria, segun sabemos por las profecias de Isaías, Ezequiel, Daniel y S. Juan en el Apocalipsis. De allí fueron traídas á la tierra y se emplearon como culto religioso desde el principio del mundo. Estos eran los cumplimientos mas ordinarios de los patriarcas antiguos, como vemos á cada paso en la sagrada escritura. La iglesia cristiana nació con esta piadosa costumbre, que fué autorizada con el ejemplo del Salvador, el cual oraba por lo comun con el rostro pegado al suelo. S. Bartolomé y santa Marta se postraban cien veces al dia y otras tantas por la noche. Santiago, obispo de Jerusalem, estaba continuamente arrodillado. Los antiguos monjes pasaban en este ejercicio gran parte de su vida, siendo admirable S. Simeon Estilita, de quien escribe Teodoreto que habiendo querido averiguar un compañero suyo cuántas reverencias hacia, estuvo un rato en observacion y en aquel breve tiempo contó hasta ciento y cuarenta, pero tan profundas, que daba con la cabeza en tierra. Al fin él se cansó mas pronto de contar que Simeon de hacer reverencias. Los amantes de María le han tributado esta especie de adoracion.

IV. S. Alberto, monje del monasterio de S. Crispin, que vivia por los años de 1140, discurría mil medios para adorar á la Virgen, de quien era devotísimo: entre otros se arrodillaba cien veces al dia y se postraba cincuenta cuan largo era, rezando cada vez la salutacion angélica.

Santa Catalina de Suecia, hija de santa Brigida, empleaba cuatro horas todos los dias en doblar la rodilla hasta el suelo, que solia regar con muchas lágrimas. Santa Isabel de Hungría tenia mandado á una de sus damas que la despertara á cierta hora de la noche apretándole el pie. Entonces se levantaba silenciosamente y empleaba parte de la noche en este santo ejercicio. Santa Margarita tambien reina de Hungría, luego que llegó á la edad de discrecion, se postraba en tierra y rezaba una Ave María siempre que pasaba por delante de una imagen de nuestra señora; lo cual hacia mil veces en cada un dia de los ocho anteriores á las festividades principales de la misma. El cardenal Santiago de Vitry escribe de santa María de Oignies que solia arrodillarse hasta mil y cien veces en las veinte y cuatro horas del dia para honrar á la Virgen. Esta devocion la practicaba de cuando en cuando por espacio de cuarenta dias en la forma siguiente: primero doblaba las rodillas seiscientos veces sin interrupcion; luego decia los ciento y cincuenta salmos del salterio de David, rezando al fin de cada uno una Ave María y haciendo una genuflexion en honor de nuestra señora. En seguida se daba trescientos azotes y á cada uno se postraba en tierra y rezaba una Ave María: en este ejercicio derramaba por lo comun mucha sangre. Por último concluía esta especie de sacrificio con cincuenta Ave Marias y otras tantas genuflexiones que le faltaban para completar las mil y ciento.

V. El B. Herman de Steínva'd, de quien he hablado en diversas ocasiones, no hubiera acabado jamás de hacer genuflexiones á haberse dejado llevar de su afecto. Siendo costumbre en la orden de los canónigos premonstratenses besar el reclinatorio cuantas veces se pronuncia el nombre de la Virgen en el oficio de los dias comunes, y besar la mano en los feriados, siempre que Herman rezaba el oficio fuera del coro, especialmente en

los dias de fiesta, se postraba en tierra al pronunciar el nombre de nuestra señora, y así permanecía todo el tiempo que podia sin dar en ojos á los presentes. Un dia le preguntó otro monje, varon discreto y espiritual, por qué motivo hacia aquello; y Herman respondió ingénuamente que cuantas veces lo ejecutaba, le parecia sentir de pronto el olor de todas las flores de la primavera; de suerte que cuando tenia que levantarse, se le figuraba que le sacaban de un jardin ameno. Así se verificaba en él lo que el Eclesiástico dice de Josías (1): la memoria de María era para él una composicion aromática y un conjunto de perfumes; aquello era muy diferente del olor de las rosas que se abren en la primavera, y de las azucenas plantadas junto á la corriente de las aguas. El P. Gonzalez, de la compañía de Jesus, á quien los naturales de Monomotapa martirizaron en odio de nuestra religion sacrosanta, hacia una profunda inclinacion con la cabeza y con los ojos á cuantas imágenes de la Virgen encontraba, y cuando creia no ser visto de nadie, hacia la reverencia era hasta el suelo. Observaba esto muy escrupulosamente al rezar el rosario siempre que empezaba la salutacion angélica.

VI. Quizá alguno al leer esto dirá para sí que semejante devocion es buena para los solitarios ó para personas desocupadas; pero no para los que viven en medio del tráfigo del mundo. Sea así como se figuran, concediendo algo á nuestra flaqueza y poca devocion; pero qué siervo de María podrá excusarse de hacer una reverencia á alguna imagen suya siempre que salga de su aposento ó entre en él, mas ó menos profunda segun esté solo ó acompañado, diciendo de boca ó con el corazon: Virgen santísima, te adoro con toda mi alma; madre amorosísima,

(1) Ecli., XLIX.

ma, te ofrezco mi corazon? Y nadie se excuse con sus muchas ocupaciones, porque esta floable práctica, á que acompaña siempre la bendicion de la reina de los ángeles, es causa de que se haga mejor y mas pronto cuanto se emprende, y cuando llega á ser costumbre, no cuesta mas trabajo que el quitarse el sombrero para saludar á un amigo.

Descubrirse al pasar por delante de las imágenes ó santuarios de la Virgen.

VII. Es un acto de devocion exterior descubrirse al pasar por delante de las imágenes y santuarios de nuestra señora ó cuando se oye pronunciar su santo nombre. Entre los infinitos rasgos de virtud que he notado en la congregacion de nuestra señora de la ciudad de Aviñon, he admirado muchas veces á un hombre de singular mérito, que habia asistido con la mayor puntualidad por espacio de treinta años á la congregacion, sin que nadie le hubiera visto jamás cubierto por muy mal tiempo que hiciese. He conocido á una persona que todas las noches antes de recogerse ponía las rodillas desnudas en tierra, y descalzo, con la cabeza descubierta y una vela encendida en la mano pedia perdon y daba satisfaccion á la madre de Dios. En otra ocasion hablé de las primicias de la devocion de S. Bernardino de Sena é indiqué de paso á qué grado de santidad llegó por este loable ejercicio.

Pronunciar muchas veces reverentemente el santo nombre de María.

VIII. Es un acto de adoracion exterior pronunciar muchas veces reverentemente el nombre augusto de María. Cuentan nuestros anales que en el año 1621 se confirió el bautismo á una mujer del Japon, tan desatina-

damente dada al culto de su falso dios Amida, que repetía el nombre de él hasta ciento y cuarenta mil veces al día levantándose con este motivo muy temprano. Ayudábala de ordinario un espíritu que le servía de despertador. En cuanto se hizo cristiana, trocó esta superstición en devoción y se obligó por afecto y gratitud á pronunciar otras tantas veces los sagrados nombres de Jesus y de María; y como la había abandonado el espíritu de tinieblas, le sucedió en el mismo servicio el ángel de la guarda: tanto se deleitaba el cielo en la sencilla piedad de aquella mujer.

VII. Es un acto de devoción exterior desahucarse al pasar por delante de las imágenes de los santos.

IX. La santa costumbre de encender lámparas y cirios ante las imágenes y altares de la Virgen está acreditada en muchos lugares de la cristiandad; y si se quiere averiguar su origen, habrá que subir hasta el de la iglesia. En el tratado tercero hice ver cómo se practicaba en la ciudad de Constantinopla, especialmente en vida de santa Pulqueria: aquí me creo obligado á hablar del monje Juan, de quien se trata en el Prado espiritual, y cuyo ejemplo se citó en el concilio segundo de Nicea (1). Este santo anciano vivía en una cueva distante como unas diez leguas de Jerusalén, y siempre que salía de su morada ó para alabar á Dios en el desierto á ejemplo de S. Antonio, ó para visitar los santos lugares ó los sepulcros de los mártires, ó para ir á orar en el monte Sinai, acostumbraba encender un cirio ante la imagen de la Virgen que tenía en el fondo de la cueva como su tesoro y su consuelo, y al despedirse de nuestra señora la rogaba cuidase del cirio. A veces estaba de viaje seis

muchas veces reverentemente el nombre de María. Cuenta nuestro autor que en el año 1201 se con-
firió el oficio de Prado espiritual, c. 180.

semanas, otras tres, cuatro y seis meses, y á la vuelta encontraba siempre encendido el cirio y en el mismo estado en que le había dejado, dándole á entender la Virgen con este continuado milagro cuán gratas le eran su sencilla devoción y su singular confianza.

Quemar aromas y perfumes.

X. Otros ofrecen incienso á sus imágenes y quemar aromas y perfumes ante sus altares para honrarla con una ceremonia antiquísima. Nunca se admirará bastante la singular devoción de S. Gerardo, primer obispo y mártir de Hungría. El rey S. Estéban había encontrado en él precisamente lo que buscaba, es decir, un siervo zeloso de la reina del cielo, si los hubo jamás. Entre otros varios rasgos de su devoción edificó á nuestra señora una iglesia, en la cual escogió una capilla para sí dedicándola á la Virgen. Todos los sábados se cantaba allí el oficio de nueve lecciones como el día de la Asunción: los demás días iba dos veces en procesion con su clero y pueblo despues de maitines y de visperas. Pero lo que mas hace á mi intento, es que fundó dos plazas para dos ancianos que velaban día y noche ante el altar de nuestra señora, á fin de que no faltase incienso en un incensario de plata construido para este objeto.

XI. Otros la honran coronando sus imágenes con guirnaldas de flores. Ya dije en el tratado tercero que esta piadosa práctica aprovechó á un turco obstinado, y diré mas en el capítulo siguiente. Otros muchos modos hay en este culto exterior; pero mi ánimo no es agotar el asunto, sino solamente apuntar como de paso lo mas notable.

Presentarle coronas y flores.

XII. Me parece muy digna de atenderse la consideración de Ricardo de S. Lorenzo, penitenciario de la iglesia.

sia de Ruan, que vivia hace unos cuatrocientos años. Este doctor despues de alegar hasta cuarenta razones por las cuales estamos obligados á honrar y servir á la Virgen, y hacer ver que ella nos ha servido diligente y fielmente con todas las partes de su cuerpo, enseña por menor (1) cómo debemos consagrar á su servicio todas las potencias de nuestra alma y todos los miembros de nuestro cuerpo para poder decir con el real profeta; Bendiga mi alma á la madre del Señor, y todo cuanto hay en mí, rinda homenajé á su santo nombre. Lea quien quiera su razonamiento sobre este asunto: yo me contento con poner aquí por conclusion la leccion que la Virgen dió un dia á santa Brigida, para que entiendan todos qué circunstancias han de acompañar las adoraciones que le ofrecemos, especialmente las exteriores. Dijo pues que de cuatro clases de personas es honrada y servida. Los primeros son aquellos, que no aspiran en su servicio y honor mas que á agradarla y en lo demas tienen tan completa confianza en ella, que se echan descuidados en sus brazos dejando el cuidado de sí y de las cosas propias á su amorosa providencia. Los obsequios de los que están así dispuestos, añadió nuestra señora, me son tan gratos como lo sería un vaso de malvasia para una persona sumamente sedienta. Los segundos son los que por temor de incurrir en las penas eternas recurren á mí y procuran mantenerse en mi gracia por diversos medios. A estos les voy mudando el corazon poco á poco é infundiéndoles un espíritu de amor y un verdadero temor filial en vez del servil de que están dominados, y me doy á conocer á ellos cuanto puedo para obligarlos á que me sirvan por consideraciones mas puras y elevadas. Los terceros son los que me cortejan

(1) De laudibus B. Virg., l. 2.

con la esperanza de alguna medra humana ó de alguna prosperidad temporal. Como tienen las almas muy bajas y se contentan con muy poco, por lo comun les concedo lo que piden, y los pago en moneda del tiempo hasta que levanten sus pensamientos y afectos. Los últimos son los que abusando de mi bondad é indulgencia para continuar mas libremente en sus desórdenes no dejan de ofrecerme sus cortos servicios. Estos se parecen propiamente al que ofreciese á un principe en copa dorada un licor corrompido. Con esto vea cada cuál escudriñando su corazon á qué clase pertenece; y si en su vida ó en sus intenciones no encuentra bastante pureza, procure subir mas y hacerse digno de las gracias que distribuye ordinariamente la Virgen á aquellos que la sirven con un corazon recto y entero.

§. IV.—Práctica de la adoracion de las reliquias de la Virgen santísima.

I. Quédase para los Julianos, los Vigilancios y otros apóstatas é impíos semejantes reirse del culto que se da á las reliquias de los santos, llamándole idolatría y supersticion. Los verdaderos hijos de la iglesia han tenido en todo tiempo una opinion muy diferente de esta: han venerado lo que Dios mismo honra con tantos milagros: han reverenciado los huesos y las preciosas reliquias de los que tanto trabajaron y padecieron por Dios, para participar de la bendicion que este derramó sobre ellos; pero como es razonable, han puesto muy particular cuidado en buscar las reliquias que nos han quedado de María santísima para honrarlas todo lo posible.

Diversas reliquias de la virgen Maria.

II. No sé si debo de atribuir á la dicha ó á la diligencia de santa Helena ó á las dos cosas juntas el precio-